

Caraffa suspendía al borde del abismo, se vió salir del seno de las bullentes aguas al joven emisario, el cual, asido de la cuerda y ayudado por la tracción, escaló el escollo, cogió la mano que le tendía el conde de Ruvo, puso el pie en la plataforma y cayó en brazos de su amigo; luego, con la mirada serena y una entonación de voz en la que no era posible descubrir la más leve emoción, levantó la cabeza hacia sus salvadores, pronunciando esta sola palabra:

— ¡Gracias!

Al mismo tiempo, como si la salvación del naufrago hubiese aumentado la cólera de la tempestad, un nuevo relámpago filtró sus flechas de fuego por las grietas de la ruina, resonó un trueno horrible que parecía querer arrancar el vetusto palacio de su base de granito, y las mugientes olas saltaron hasta las rodillas de los dos jóvenes.

Entonces Héctor Caraffa, con ese entusiasmo meridional que daba mayor realce á la tranquilidad de su alma, exclamó, levantando la antorcha como para desafiar el rayo:

— ¡Ruge, ruge, tempestad indómita! ¡Nosotros somos de la raza de aquellos griegos que incendiaron á Troya, y éste, — añadió colocando la mano en el hombro de su amigo, — éste desciende de Ajax, hijo de Oileo, y escapará á pesar de los dioses!

CAPITULO X

El hijo de la muerta

En los grandes cataclismos de la naturaleza, así como en las grandes preocupaciones políticas, se ofrece siempre á los ojos del observador un fenómeno (que por cierto no honra mucho á la humanidad), el cual consiste en que, lo mismo en uno que en otro caso, todo el interés se reconcentra en los individuos que desempeñan los principales papeles, esto es, en aquellos de quienes se espera la salvación ó el triunfo, mientras que los personajes inferiores quedan en el olvido abandonados en manos de la común Providencia, de esa especie de comodín á cuya protección confían los egoístas de carácter el alivio de los infortunios que no quieren socorrer.

Esto precisamente fué lo que sucedió en el momento en que se hizo pedazos contra el escollo la barca á cuyo bordo venía el mensajero que los conspiradores esperaban con tanta impaciencia. Aquellos cinco hombres de mérito, aquellos cinco

hombres de corazón leal y misericordioso que, fervientes apóstoles de la humanidad, estaban resueltos á sacrificar su vida por el bien de la patria y por el amor de sus conciudadanos, olvidaron completamente que dos de sus semejantes, hijos de aquella misma patria, y por lo tanto hermanos suyos, acababan de desaparecer en el abismo, y sólo se cuidaron de reconcentrar su atención en aquel á quien se hallaban unidos por un lazo de interés general é individual. ¿No era su vida indispensable al buen éxito de sus proyectos? ¿Qué mucho que le pagaran dos existencias secundarias, de las cuales ni siquiera se acordaron mientras duró el peligro?

— ¡Sin embargo, eran dos hombres! murmurará el filósofo.

— No, replicará el político: eran dos ceros cuya unidad representaba una naturaleza superior.

Sea como quiera, lo cierto es que si la suerte de los dos infelices pescadores despertó un sentimiento de piedad en el corazón de los que acababan de verlos desaparecer entre las olas, sin duda fué bien pasajero, si hemos de juzgar por la alegría con que se lanzaron al encuentro de aquel que, gracias á su valor y á su sangre fría, se hallaba sano y salvo en los brazos de su amigo el conde de Ruvo.

El emisario era un joven de veinticuatro á veinti-

cinco años: los largos mechones de sus cabellos negros, pegados á sus sienes por el agua del mar, encuadraban una fisonomía pálida é impenetrable, cuya vida y cuyo movimiento parecían reconcentrados en el brillo de sus ojos, brillo que bastaba por sí solo á dar animación á aquel rostro de mármol; el natural fruncimiento de sus negras cejas prestaba á aquella cabeza varonil tan marcada expresión de inflexible energía, que se comprendía á primera vista que todo el mundo, excepto los misteriosos é implacables decretos del destino, debía estrellarse contra aquella voluntad de hierro. Sin el agua que empapaba sus vestidos y que los rizos de su cabellera destilaban á lo largo de sus mejillas, sin la tempestad que todavía rugía á sus pies como un león furioso de haber dejado escapar su presa, imposible hubiera sido conocer que acababa de atravesar un gran peligro; su rostro no ofrecía el menor indicio de emoción y su admirable calma era digna del hombre anunciado por Héctor Caraffa, cuya impetuosa temeridad se inclinaba con respeto ante el frío y sereno valor de su joven amigo.

Para completar el retrato de aquel joven, destinado á desempeñar uno de los primeros papeles de nuestra historia, apresurémonos á decir que vestía el elegante y heroico uniforme republicano, ese

uniforme que los Hoche, los Marceau, los Desaix y los Kléber immortalizaron con sus hazañas, y del cual hicimos, á propósito de nuestro embajador Garat, una descripción demasiado minuciosa y reciente para que tratemos de repetirla en este lugar.

Á primera vista, quizá imagine el lector que había cierta imprudencia, de parte de un mensajero encargado de misteriosas comunicaciones, en presentarse en Nápoles con aquel traje que, más bien que un uniforme, había llegado á ser un símbolo; pero á esto responderemos que nuestro héroe había salido de Roma hacia cuarenta y ocho horas, ignorando completamente, de igual modo que el general Championnet, de quien era emisario, los acontecimientos que habían tenido lugar después de la llegada de Nelson, así como la incalificable acogida que le había hecho la corte; que el joven oficial era ostensiblemente el encargado de traer despachos para el embajador Garat, al cual creían todavía en su puesto, y que el uniforme francés de que se hallaba revestido, lejos de ser un motivo de inquietud, debía, por el contrario, mirarse como un salvoconducto en un reino que, si bien hostil en el fondo, guardaba por temor, ya que no por respeto humano, las apariencias de amistad que el reciente tratado de paz le imponía.

La primera diligencia del mensajero debía ser avistarse con los patriotas napolitanos, y de aquí las precauciones de su viaje, á fin de no comprometerlos; porque si el uniforme y la cualidad de francés servían de escudo al oficial, su virtud no alcanzaba á proteger á los conspiradores, á quienes el ejemplo de Manuel de Deo, Galiani y Vitaliano, ahorcados por una simple sospecha de connivencia con los franceses, había hecho ver que el gobierno de Nápoles sólo esperaba, para lanzarse de lleno en la vía del rigor, una coyuntura favorable que de seguro aprovecharía tan pronto como se le presentase. Una vez terminada la conferencia, sus pormenores, transmitidos á nuestro embajador, debían servirle de pauta para saber la conducta que habría de observar con una corte, cuya mala fe alcanzaba entre los modernos la misma reputación que entre los antiguos la fe cartaginesa.

Ya hemos indicado la premura con que los conspiradores salieron al encuentro del joven oficial. Compréndese fácilmente cuál debió ser el efecto producido en la impresionable organización de aquellos hombres del Mediodía por el frío valor del mensajero, el cual parecía haber olvidado el grave peligro que acababa de correr.

Dando treguas á la natural impaciencia que ex-

perimentaban por saber las noticias de que era portador, los conjurados, temiendo que el uniforme empapado en agua del mar, unido á la frescura del sitio en que se hallaban, perjudicase á la salud del náufrago, le exigieron que lo cambiase por un vestido de Nicolino Caracciolo, que poco más ó menos era de su misma estatura, y cuya casa estaba contigua al palacio de la reina Juana. El emisario no tuvo más remedio que ceder á sus instancias; permaneció solo durante un momento con su amigo el conde de Ruvo, el cual se empeñó á todo trance en servirle de ayuda de cámara, y cuando volvieron á entrar Cirillo, Manthonnet, Schipani y Nicolino encontraron al severo oficial republicano transformado en elegante pisaverde, puesto que Nicolino Caracciolo, así como su hermano el duque de Rocca-Romana, era uno de los jóvenes que en Nápoles servían de modelo á los que se preciaban de seguir las últimas prescripciones de la moda.

Á su vez, nuestro héroe se adelantó al encuentro de los que se habían ausentado por un instante, y les dijo en excelente italiano:

— Señores, excepto mi amigo Héctor Caraffa, que ha tenido la bondad de responderos de mi persona, aquí nadie me conoce, mientras yo sé que todos vosotros sois hombres ilustrados y ardientes

patriotas. Vuestros nombres resumen vuestra vida, y ellos son títulos suficientes á la confianza de vuestros conciudadanos; por el contrario, mi nombre es para vosotros desconocido, y si algo sabéis de mí, por las indicaciones de Caraffa, todo se reduce á algunos actos de valor que en nada se diferencian de los que á cada momento realiza el más humilde y obscuro soldado del ejército francés. Esto supuesto, deber es de un hombre leal darse á conocer á aquellos con quienes va á combatir por la misma causa, á exponer su vida por el mismo principio, tal vez á morir sobre el mismo cadalso. Yo soy italiano como vosotros, señores, y como vosotros hijo de Nápoles; con la diferencia de que vosotros habéis sido proscriptos y perseguidos en diversas épocas de vuestra vida y yo lo fui antes de nacer.

Todos los labios murmuraron la palabra *hermano*, todos tendieron la diestra al joven oficial.

— ¡ Mi historia, ó mejor dicho, la de mi familia, es una historia bien triste y sombría! continuó el emisario, fijando en el espacio sus distraídos ojos, como si tratara de buscar un fantasma invisible para todos menos para él. Espero que su relato os servirá de nuevo estímulo para derrocar el régimen odioso que gravita sobre nuestro país.

« Mis primeros recuerdos datan de Francia, prosiguió después de un momento de silencio. Mi padre y yo habitábamos una casita de campo aislada en medio de un gran bosque, de cuyo nombre no hago memoria; toda nuestra servidumbre se reducía á un solo criado.

» Personas desconocidas venían frecuentemente á buscar á mi padre, unas veces durante el día, otras en las altas horas de la noche; entonces tomaba sus instrumentos quirúrgicos, montaba á caballo y seguía á los desconocidos, permaneciendo fuera de casa cuatro ó seis horas; en ocasiones, no regresaba sino al día siguiente. Después supe que mi padre era cirujano y que sus ausencias tenían por objeto prestar gratuitamente los recursos del arte á los infelices que venían á pedirselos.

» En aquellos primeros años de mi vida, mi padre fué mi único maestro; y debo decir que mi educación física, esto es, el desarrollo de mis fuerzas y de mi destreza, le preocupaba mucho más que la educación de mi inteligencia.

» Sin embargo, él fué quien sucesivamente me enseñó, además de la lectura y escritura, el griego, el latín y el italiano, siendo esta última lengua de la que nos servíamos, alternando con el francés. Concluidas esas diferentes lecciones, todo el tiempo

que nos quedaba libre le consagrábamos á los ejercicios corporales. Éstos consistían en la equitación, en la esgrima y en tirar al blanco.

» Gracias á este método, á los diez años era yo un excelente jinete, casi nunca se me escapaba una golondrina al vuelo, y á cada pistoletazo rompía un huevo suspendido y balanceándose al extremo de un hilo.

» Cuando apenas acababa yo de cumplir mi segundo lustro, marchamos á Inglaterra, en cuyo país permanecemos dos años. Mi padre tomó un profesor que alojaba y comía en casa, y al cabo de ese tiempo hablaba yo el inglés tan correctamente como el francés y el italiano.

» De Inglaterra pasamos á Alemania, estableciéndonos en Sajonia, donde aprendí el alemán por el mismo procedimiento que el inglés: aun no habían transcurrido veinticuatro meses, y aquella lengua me era ya tan familiar como las otras.

» Mi educación física no se había interrumpido en esos cuatro años: montaba á caballo como un beduino, y sobresalía en toda clase de armas, tanto, que el mejor cazador tirolés no hubiera podido disputarme el premio de la carabina; galopando á brida suelta, barrenaba con mi bala un ducado sujeto á una pared.

» Nunca se me ocurrió preguntar á mi padre la causa que le movía á acostumbrarme á aquellos ejercicios. Ellos me causaban placer, y hallándose mi gusto de acuerdo con su voluntad, progresaba rápidamente con gran satisfacción de entrambos.

» Además, hasta aquella época, yo había cruzado á través del mundo sin haberle visto, por decirlo así, y habitado tres países diferentes, sin conocerlos: hallábame familiarizado con los héroes de la antigua Grecia y de la antigua Roma, pero ignoraba completamente cuanto con mis contemporáneos tenía relación.

» Para mí no había en el mundo más que mi padre: él era mi dios, mi rey, mi maestro, mi religión; él ordenaba, y yo obedecía. No teniendo sino vagas nociones del bien y del mal, su palabra era mi luz, su voluntad era mi ley.

» Un día, cuando yo tenía ya quince años, me dijo, como me había dicho otras veces:

» — Salvato, vamos á marchar.

» Ni siquiera pensé en preguntarle adónde.

» Nos pusimos en camino, y dejamos atrás la Prusia, el Rheingán, la Suiza y los Alpes, hablando sucesivamente alemán y francés en los países que recorríamos. De pronto, al llegar á las márgenes de un gran lago, oí hablar una lengua nueva cuyo

sonido me produjo una sensación indefinible; era el italiano, era mi lengua materna.

» En Génova nos embarcamos para Nápoles, y aquí nos detuvimos algunos días; mi padre trataba de comprar dos caballos y parecía emplear sumo cuidado en la elección de aquellas monturas.

» Una mañana llegaron á la cuadra dos hermosos corceles, cruzados de inglés y árabe; yo monté en el mío, y después de darle algunos paseos á fin de probar su mérito, confieso que experimenté cierto orgullo en poseer tan magnífico animal.

» Salimos de Nápoles un día á la caída de la tarde y caminamos sin detenernos hasta hora muy avanzada de la noche. Á eso de las dos de la mañana, llegamos á una aldehuela en la cual descansamos hasta las siete.

» Á esa hora nos desayunamos, y antes de partir me dijo mi padre:

» — Salvato, carga tus pistolas.

» — Están cargadas, le respondí.

» — Entonces, descárgalas y vuelve á cargarlas con el mayor cuidado, á fin de que no te falten: hoy tendrás necesidad de servirte de ellas.

» Ya he dicho cuál era mi obediencia pasiva á las órdenes del autor de mis días. Sin hacer ninguna

observación, iba á descargarlas al aire, cuando mi padre me detuvo el brazo.

» — ¿Tienes el pulso tan seguro y tan certera la vista como de costumbre? me preguntó.

» — ¿Queréis verlo?

» — Sí.

» Cogí una de mis pistolas y la descargué contra el tronco de un nogal de corteza lisa que se alzaba á la otra orilla del camino; después doblé tan exactamente la bala con el segundo tiro, que mi padre creyó que había errado el árbol.

» Entonces echó pie á tierra, y con la punta de su cuchillo de monte se aseguró de que las dos balas estaban en el mismo agujero.

» — ¡Bien! me dijo; carga de nuevo tus pistolas.

» — Ya están.

» — Pues en marcha.

» Un mozo nos tenía nuestros caballos del diestro; coloqué mis pistolas en los arzones y noté que mi padre cebaba nuevamente las suyas.

» Volvimos á montar y proseguimos nuestro viaje.

» Á eso de las once de la mañana, llegamos á una ciudad en la cual se agitaba una gran muchedumbre: era día de mercado y todos los campesinos de las inmediaciones habían concurrido á

hacer sus compras ó á vender sus efectos.

» Durante todo el camino, mi padre había permanecido días enteros sin proferir una palabra.

» Desde que entramos en las primeras calles de la ciudad nuestros caballos iban al paso. Al llegar á la plaza donde se celebraba la feria, nos detuvimos; mi padre se alzó sobre los estribos y echó una mirada investigadora á su alrededor, como si buscara algún objeto entre aquella muchedumbre.

» Delante de un café se hallaba un grupo de hombres mejor vestidos que los demás; en medio de ellos había una especie de gentilhombre campesino, de aire insolente, el cual, hablando alto y agitando una fusta que tenía en la mano, se divertía en sacudir latigazos á los aldeanos y á los animales que pasaban cerca de él.

» Mi padre me tocó el brazo; me volví, y noté que una palidez mortal cubría su semblante.

» — ¿Qué tenéis, padre mío? le pregunté.

» — ¡Nada! me respondió. ¿Ves ese hombre?

» — ¿Cuál?

» — El de los cabellos rojos.

» — Perfectamente.

» — Pues escucha: voy á aproximarme á él y á decirle algunas palabras. Cuando yo levante el dedo al cielo, haz fuego y clávale una bala en

mitad de la frente. ¿Oyes, Salvato? ¡ en mitad de la frente!... prepara tu pistola.

» Saqué una pistola del arzón, sin responder una palabra. Mi padre se aproximó á aquel hombre y le dijo algunas palabras que le hicieron palidecer: en seguida levantó el dedo al cielo.

» Al mismo tiempo disparé, y la bala fué á alojarse en medio de la frente del hombre rojo que cayó muerto sin proferir un suspiro.

» Este acontecimiento produjo un gran tumulto, y los circunstantes quisieron cerrarnos el paso; pero mi padre levantó la voz diciendo:

» — ¡ Soy José Maggio Palmieri! y éste, añadió señalándome con el dedo, *¡ es el hijo de la muerta!*

» La muchedumbre se abrió entonces delante de nosotros y salimos de la ciudad sin que nadie tratara de prendernos ni de perseguirnos.

» Cuando dejamos tras de nosotros las últimas casas de la población, espoleamos nuestros caballos y salimos á galope sin detenernos hasta el convento de Monte-Casino.

» Aquella noche, mi padre me contó la historia que á mi vez voy á referiros. »

CAPÍTULO XI

El derecho de asilo

Tan extraña pareció á los conjurados la primera parte de la historia que acababa de referir el joven, que la escucharon atentos, silenciosos y sin permitirse la menor interrupción. Por el silencio que guardaron durante la corta pausa que al llegar á este punto hizo el narrador, pudo éste convencerse del interés que les inspiraba su relato y del deseo que tenían de conocer el fin, ó mejor dicho, el principio.

Salvato continuó de esta manera:

— « Desde tiempo inmemorial, nuestra familia, apellidada Maggio Palmieri, vivía en la ciudad de Larino, provincia de Molisa. Mi padre Giuseppe Maggio Palmieri, ó más bien Giuseppe Palmieri como vulgarmente le llamaban, vino á Nápoles en 1778 á concluir sus estudios en la escuela de Cirugía. »

— Yo le conocí, interrumpió Domenico Cirillo; tenía algunos años menos que yo y era un joven honrado, valiente y leal. Hacia el año de 1781, época en que acababa yo de tomar el título de profesor,